

LEOPOLDO ZEA

LA REVOLUCIÓN, EL GOBIERNO Y LA DEMOCRACIA *

A LOS CIENTO CINCUENTA años del inicio de nuestra Revolución de Independencia, a los cincuenta de la Revolución Mexicana y apenas pasado el primer Centenario de la Revolución llamada de Reforma, surge una serie de cuestiones sobre lo que todo ese pasado ha representado en nuestro presente y puede llegar a representar en el porvenir. Quizá la pregunta más concreta se refiera a la maduración política, económica y social de nuestro país. Y, precisamente, el tema de la conferencia que me fuera encargado se refiere a un aspecto muy concreto de esta cuestión: al aspecto político. ¿Nuestra última expresión de la historia que se iniciara hace ciento cincuenta años, la Revolución Mexicana iniciada hace cincuenta años, ha realizado un viejo ideal que ya se expresaba en nuestros libertadores y reformistas? ¿Ha madurado México políticamente? Esto es, ¿ha llegado a la etapa, o está llegando, en que la democracia, el gobierno del pueblo, para el pueblo y con el pueblo va a ser conducido por el pueblo mismo? ¿O todavía seguiremos viviendo la etapa en que este gobierno tendrá que seguir siendo para el pueblo, pero no conducido por el pueblo mismo? O, en otras palabras y de acuerdo con la clásica definición de la democracia; *lo mejor, para la mayoría*; pero, ¿de acuerdo con esa mayoría, o a pesar de ella? ¿Guste o no guste a la mayoría nacional lo que se considera lo mejor para ella?

Claro que lo primero que habrá que plantearse, para contestar esta atrevida pregunta sería si esa mayoría ha intervenido, o no, en las revoluciones a que nos hemos referido.

Es un hecho que nuestras tres revoluciones, aunque orientadas por lo que podríamos considerar una minoría, tuvieron el apoyo de la gran masa

* Conferencias sustentadas en los Cursos de Invierno de la Esc. Nal. de Ciencias Políticas y Sociales de la U.N.A.M., los días 22 y 24 de febrero de 1960.

nacional. Las tres revoluciones triunfaron porque contaron con el apoyo pleno del pueblo. Un apoyo que hizo que sus líderes venciesen obstáculos que en otra situación habrían sido insuperables. La Revolución de Independencia, como la de Reforma y la de 1910 fueron pagadas con un alto precio de la sangre del pueblo que las secundó. Sin embargo, una vez triunfantes no surgieron, como podría suponerse, gobiernos en los que participase directamente la triunfante masa aunque sí gobiernos hechos para servir a esta masa, con los peligros que este resultado implicaba, esto es, la aparición de gobiernos que simulando servir a esa masa sólo iban a servir los intereses de una minoría activa.

Así sucedió al triunfar la Revolución de Independencia. Revolución en la que perecieron sus mejores líderes, como lo fueron los Hídalgos y Morelos, para que la misma fuese capitalizada por la minoría criolla y sus intereses, encabezada por Iturbide. Minoría que trató de que el país continuase dentro del orden establecido por España, pero sin España y al servicio de nuevos privilegiados. Minoría que siguió buscando apoyo en los Santana y en los Miramón para culminar en la gran traición que representó el gobierno extranjero de los Hapsburgo con Maximiliano. Contra esta minoría y para doblegar a los que le habían traicionado, volvió a luchar el pueblo siguiendo a los líderes de la Reforma hasta hacerlos triunfar. Triunfo que culminaría, a la larga, en nueva traición, la que representó el Porfirismo, encarnado en uno de los guerreros que con el apoyo del pueblo habían triunfado sobre el conservadurismo criollo. Nuevamente otros intereses, tan limitados como los anteriores, desvirtuaron lo que había sido el triunfo de un pueblo. Una larga dictadura sucedió al corto intento de democratización nacional que representó lo que Cosío Villegas ha llamado la República restaurada encabezada por el patricio Benito Juárez. Pero otra vez más, en 1910, el pueblo volvería a reaccionar y a ofrecer su sangre para una nueva revolución. La revolución que aún estamos viviendo. ¿Revolución que va a seguir los mismos pasos que las anteriores?

Aceptar esto sería aceptar la incapacidad de nuestro pueblo para evolucionar, como evolucionan todos los pueblos del mundo. Y no hay tal, nuestro pueblo también ha evolucionado. Y parte de esa evolución lo han sido sus tres revoluciones y sus consecuencias. Por mucho que intentásemos mostrar semejanzas, el Porfirismo no puede ser comparado a lo que representó el conservadurismo criollo de los Iturbide, Santana, Miramón y Maximiliano; como tampoco podemos hablar, como se pretende, de un nuevo porfirismo en los últimos años de la Revolución que vivimos. El pueblo triunfante,

es cierto, en cada una de las revoluciones señaladas, no se ha hecho cargo del poder y ha permitido que una élite asuma el gobierno por él, reaccionando contra la misma como sucedió en el pasado cuando se consideró traicionado. Al triunfar revolucionariamente ha delegado el poder, logrado con su sangre, en los líderes que le guiaron para recuperarlo violentamente cuando se vio ajeno a los fines del mismo. Delegación que le viene del pasado de que es heredero, del pasado del que se emancipó políticamente en 1810, para tratar de emanciparse institucionalmente en 1857 y socialmente en 1910.

Nuestro pueblo, como el resto de los pueblos latinoamericanos, y como muchos pueblos de Asia y África en estos días, entró a la vida independiente arrastrando una herencia cultural, formación mental, que no era la adecuada para el logro de los ideales de la nación que quería que fueran sus mejores líderes. No fue como Norteamérica que se apoyó en la herencia inglesa y sus instituciones al realizar su independencia política para transformarse, en un futuro próximo, en uno de los líderes de la vida e instituciones modernas.

Nuestro pueblo, como otros muchos pueblos que se le asemejan, tuvo que delegar en sus dirigentes, a los que había apoyado con su sangre para el triunfo de su nueva causa, la posibilidad de su transformación. Serían ellos los que se encargarían de reeducarlo para adaptarlo al tipo de sociedad que estaba haciendo posible la aparición de las naciones modernas; las Inglaterras, las Francias, los Estados Unidos. Tenía que transformarse política, social, cultural y económicamente; pero esta transformación sólo podría ser realizada por una minoría más consciente de ella. Pero en cada uno de estos intentos de transformación tropezó con viejos o nuevos intereses que acabaron traicionando las metas que habían dado origen a la delegación. Así fue el triunfo de la Revolución de Independencia que trataron de encauzar a su favor los intereses del criollismo cuyas metas revolucionarias se reducían al simple desplazamiento de los intereses peninsulares para ocupar, pura y simplemente, el lugar de éstos. Así fue con el Porfiriismo en el que una pseudo-burguesía que se consideraba así misma progresista y liberal, se conformó con suplantarlo, con sus intereses, a los cuerpos de intereses criollos sin preocuparse por realizar el tipo de sociedad que habría hecho de México la nación soñada por los mejores de los líderes de nuestra Independencia y Reforma.

¿Podríamos afirmar que nuestra Revolución, la Revolución de 1910, ha desembocado en un nuevo callejón sin salida? ¿Nuevos intereses impedirán,

como en el pasado, la realización del ideal de nación soñado por nuestros emancipadores y reformistas? Me permito afirmar que no, por las razones expuestas antes, porque así como el Porfirismo no fue una repetición del criollismo, ni sus intereses los mismos intereses de éste; tampoco los intereses que han surgido a los cincuenta años de iniciada la Revolución Mexicana son los mismos intereses que hicieron posible la obligación porfirista. Es más, puedo afirmar que nunca hemos estado más cerca de la realización de esos ideales que en nuestros días. Estamos en una etapa que recuerda mucho a la que vivieron las grandes naciones modernas al pasar del feudalismo al tipo de orden que hizo posible el nacionalismo occidental.

Han surgido nuevos intereses que no se asemejan ya a los intereses que predominaron, o pretendieron predominar, después del triunfo de la Revolución de Independencia y de la Reforma. Grupos sociales con nuevas experiencias que no pueden ya repetir los errores del pasado. Es en este sentido que tenemos una historia dentro de la cual nuestras revoluciones forman una escala de continuidad. Nuestros criollos no entendieron a la modernidad y se opusieron, como todos sabemos, a la entrada de México en las nuevas líneas por las que marchaban las naciones modernas. Otro fue el espíritu de nuestros liberales y reformistas que pretendieron, como lo señalaba Justo Sierra con toda claridad, crear una nueva clase, un grupo social, una burguesía mexicana que jugase en México el papel que jugaban y habían jugado otras burguesías nacionales en las naciones que tenían el liderato del progreso. Pretensión frustrada porque los dirigentes de lo que pretendió ser "burguesía mexicana" actuaron imitando extralógicamente a la gran burguesía internacional olvidando la propia realidad. Desde luego, llegaron tarde al reparto del mundo, tan tarde que México, como el resto de Latinoamérica y Asia y África, formaban parte ya de este reparto. No podía hacer descansar su prosperidad y progreso, como la burguesía occidental, en los sacrificios que por ella hiciesen otros pueblos. La burguesía que se quiso crear dentro de lo que fue el régimen porfirista no contó, como la gran burguesía inglesa, francesa, holandesa y norteamericana, con los sacrificios que para la grandeza y prosperidad de estas nuevas naciones habían hecho otras naciones más débiles en Asia, África, Oceanía y Latinoamérica. ¿Sobre qué iba a hacer descansar la hincapié burguesa mexicana su desarrollo y progreso? Falta del apoyo externo sobre el cual hacer descansar esta prosperidad, la burguesía porfirista decidió levantar su prosperidad sobre los sacrificios de su propio pueblo: las grandes masas populares harían por la burguesía mexicana lo que habían hecho por la

occidental, la india, china, indonesia, el mundo árabe, latinoamérica, etc. Esto es, una minoría nacional decidió levantar su prosperidad sobre la miseria del resto de la mayoría nacional. El resultado lo conocemos: sobre la miseria propia no se puede alzar ninguna prosperidad. Nuestra seudoburguesía mexicana se limitó a alzar una relativa prosperidad manteniendo sistemas de explotación humana que poco diferían de los que habían mantenido los intereses de la metrópoli española en la Colonia, o de los que quisieron mantener los criollos que se consideraban herederos de los mismos. El feudalismo, lejos de desaparecer se acrecentó creándose grandes latifundios que acrecentaron, a su vez, su inhumana explotación sobre el hombre que tenía que hacer dar frutos a esas tierras. En cuanto a la explotación de las riquezas nacionales, a su industrialización, esto es, al campo que había hecho posible la grandeza y desarrollo de las nuevas naciones que le servían de modelo, quedó abandonada a manos extranjeras, frente a las cuales nuestra seudoburguesía se conformó con hacer de amanuense, de intermediaria o coyote.

La Revolución de 1910 fue una poderosa reacción contra esta situación. Las grandes masas se rebelaron contra la inhumana explotación que realizaba sobre ella una minoría que se había convertido, a su vez, en instrumento para la prosperidad, progreso y grandeza de intereses ajenos a los nacionales. Y con esa mayoría nacional rebelde actuó también otro grupo de hombres que como otros, en el pasado, intentó realizar los viejos sueños para transformar a México en una nación moderna. Grupo de hombres que para triunfar tenían que aprender la lección del pasado, y concretamente la lección del porfirismo: la grandeza nacional, la futura nación mexicana, no iba a alzarse, como se pretendió, sobre los sacrificios de las grandes mayorías del pueblo mexicano. Sobre la miseria sólo se levanta miseria. Si había de surgir una auténtica burguesía nacional, mexicana, ésta tendría que descansar no sobre los sacrificios de su pueblo, como sobre la capacidad del mismo para producir y asimilar riqueza. Sólo habría burguesía nacional, y la industrialización que la misma implica, cuando las grandes mayorías del pueblo mexicano fuesen, no sólo capaces de colaborar en la elaboración de los productos de esa industria, sino también capacidad para absorber los productos de la misma. Y tenía que ser así, porque fuera del pueblo mexicano no existía pueblo alguno que hiciese por nuestro país lo que las colonias habían hecho por los grandes imperios modernos. México carecía de brazos, que no fuesen los mexicanos para explotar sus riquezas; pero también de mercados para dar salida a los productos de su industria-

lización. Y explotar a nuestras mayorías, pura y simplemente, como hizo el porfirismo, hacía inútil el sacrificio, pues esa masa explotada resultaba ser un mal mercado de los productos alcanzados y lo peor es que era el único mercado. Nuestros revolucionarios, con gran sagacidad, se dieron cuenta de este hecho y sus primeros esfuerzos se encaminaron a dar protección legal a las grandes masas del país de las que dependía el futuro de la nueva nación. En la Constitución de 1917, especialmente en los artículos 27 y 123, quedó establecida esta protección sin que la misma anulase, por otro lado, a la iniciativa privada, a la empresa individual, que también quedó armónicamente legalizada. Allí estaban establecidas las bases legales para el surgimiento de la clase que pretendió crear la Revolución de Reforma, una "burguesía nacional"; esto es, una burguesía que para ser nacional tendría que adaptarse a la realidad propia del país. Una burguesía con suficiente libertad e iniciativa, pero limitada por el mínimo de intereses de las grandes masas del país del cual dependía su propio desarrollo. La Revolución transformada en gobierno, con el apoyo de las grandes masas nacionales, iniciaba así la difícil tarea de armonizar los intereses de esas grandes masas con los de los grupos de cuya actividad e iniciativa dependería la transformación económica del país.

Ahora bien, el gobierno surgido de la Revolución ¿puede ser considerado un gobierno democrático? Sí, desde luego, en cuanto llegó con el apoyo de esa mayoría nacional que hizo posible su triunfo. ¿Actuaría democráticamente? Sí, en cuanto actuó y actúa en nombre de esa mayoría. Una mayoría que empezó por delegar en él sus derechos políticos para realizar la transformación social y económica sin la cual la plena democratización del país, la intervención directa del pueblo, no era posible. El primer paso de la Revolución hecha gobierno fue la creación de un orden que permitiese la transformación económica y social que diese a su vez, origen a la democratización anhelada. El gobierno del presidente Plutarco Elías Calles, representó esta etapa. Su función fue someter al orden a los numerosos grupos de intereses políticos que surgieron con la Revolución. Era menester poner fin a la anarquía que amenazaba enseñorearse en el país. Por la fuerza, o políticamente, fueron sometidos estos inquietos intereses. Calles creó el instrumento político que hizo posible esta conciliación de intereses aun feudales, el Partido Nacional Revolucionario en 1929. Una nación, dividida todavía en feudos, siguiendo todavía a caudillos y caciques, quedó representada en este partido. El gobierno, como autoridad suprema, se encargaría de conciliar los múltiples intereses allí representados. Surgió la

primera gran maquinaria electoral de la Revolución que conciliando tales intereses impidió la anarquía. Los diversos intereses allí reunidos aprendieron que fuera de ese organismo era imposible éxito alguno. ¿Actuó el pueblo en este partido? Sí, a través de sus caciques y caudillos cuya fuerza dependía del apoyo que encontraban en los grupos por ellos representados. Existía la liga, feudal y primitiva, de lo que hemos llamado el amiguismo o el compadrazgo, a través de la cual todos los mexicanos, desde los más humildes, fueron encontrando ligados sus intereses. Su preocupación se centrará en el arribo al gobierno, desde el puesto más sencillo hasta el del Presidente de la República, el amigo o el compadre, o al menos el amigo de sus amigos, o el amigo de los amigos de sus amigos en una amplia cadena en que todos fueron encontrándose relacionados. En las elecciones funcionará este resorte triunfando, aunque fuese por consigna, aquellos hombres que representaban esta liga de intereses.

Pero este era el primer paso. Un primer paso político para crear el orden dentro de los diversos intereses feudales que podían llevar al país a la anarquía. El orden feudal, que había venido subsistiendo a través de un siglo de historia independiente, tenía que ser transformado atacándosele en su base más importante, la social y la económica. Y esto sólo podría lograrse por la Reforma Agraria. Una reforma ya prevista en la Constitución de 1917, pero a la que era menester dar plena vigencia. Si un día México iba a ser la nación moderna soñada por libertadores, reformistas y revolucionarios, lo urgente era transformar el nivel de vida de la mayoría de un pueblo sobre el cual tendría que descansar esa posibilidad. El sistema feudal de la tenencia de la tierra tenía que terminar, pues sólo terminado podría iniciarse la industrialización que transformaría definitivamente al país. El orden político creado por el callismo permitiría la nueva etapa revolucionaria encarnada en la figura del Presidente General Lázaro Cárdenas.

Cárdenas realiza en su mayor plenitud la reforma agraria que iba a poner fin al sistema feudal en que aún vivíamos desde la Colonia; pero hace algo más: circunstancias políticas internacionales le permiten recuperar, para México, el dominio de una importantísima riqueza nacional en manos, desde la etapa porfirista, de extranjeros: el petróleo. El petróleo cuya expropiación ha permitido, como la Reforma Agraria, la industrialización de México. Cárdenas fortaleció además el instrumento político de orden y acrecentó la organización de la clase que habría de ser, en el futuro de ese México industrializado, su más importante motor: el obrero. El gobierno se transformó en promotor de la organización obrera, como lo había sido

de la campesina y lo sería de la industrial, a partir de la creación de Petróleos Mexicanos como empresa estatal. En las manos del gobierno de la Revolución quedaron los resortes totales de la creación del anhelado México, de la nación soñada en cien años de lucha y sacrificios. Poder omnímodo, y por lo mismo peligroso, que salvó los escollos del totalitarismo y de los regímenes dictatoriales que han azotado al resto de Latinoamérica gracias a una cláusula constitucional, de carácter político siempre respetada la *no reelección*. Cambio de gobierno y cambio de hombres, aunque no del régimen revolucionario, evitarán el anquilosamiento de la Revolución. Políticamente siguieron funcionando los viejos resortes coloniales o feudales de control que impidieron el triunfo de facciones o grupos opuestos a las metas de la Revolución. Desde arriba, desde el gobierno, se siguió manteniendo el control nacional en todos los campos: por un lado se estimuló a la iniciativa privada, y por el otro se mantuvo la protección de los grupos sociales más débiles como lo eran las clases trabajadoras del campo y de la ciudad abriéndose o cerrándose las exclusas en beneficio de uno o de otro grupo, burguesía y trabajador de acuerdo con lo que se consideró más adecuado en la política de equilibrio que se había señalado el gobierno revolucionario.

La Reforma Agraria y la expropiación petrolera realizadas por Cárdenas iban a permitir el gran jalón que en el campo de la industrialización representó el gobierno del licenciado Miguel Alemán. Desde arriba, desde el gobierno, surgiría la clase que se había frustrado en el régimen porfirista: la burguesía nacional. Una burguesía de origen estatal creada al amparo del gobierno heredero de la Revolución. Desde arriba, una vez más, se creó el núcleo de las fuerzas que han hecho posible nuestra industrialización. Nuestros hombres de estado se transformaron, al mismo tiempo, en hombres de empresa y se alzaron los grandes negocios que han colaborado, como antes la reforma agraria, la expropiación petrolera y el sindicalismo del cardenismo, en la transformación del país. Dos caras de una misma realidad nacional impulsadas por gobiernos que han representado la continuidad revolucionaria.

La clase burguesa surgida al amparo de la Revolución ha sido vista como aquella que en el pasado surgió dentro del porfirismo. Y se ha hablado, inclusive, de un neo-porfirismo. No hay tal, y hechos posteriores lo han demostrado. Claro es que esta burguesía ha estado o puede estar en peligro, de convertirse en esa seudoburguesía que surgió dentro del porfirismo, la cual se conformó con mantener el orden feudal del latifundio y servir de

empleado de la gran burguesía occidental. De cualquier manera la vigilancia, el control estatal de los gobiernos revolucionarios que la han impulsado, así como el cambio de hombres en el gobierno, han impedido que se caiga en el mismo error de la burguesía porfirista. Además el acrecentamiento de los intereses de la burguesía nacional revolucionaria los ha llevado a chocar con los intereses de la burguesía occidental. Nuestra burguesía tiene, cada día más consciencia, de las trabas que imponen a su desarrollo los intereses de la burguesía occidental. Nuestra burguesía ya no se conforma con ser simple proveedora de materias primas; sino que además trata de transformarlas y venderlas a los precios que más convienen a sus intereses. No quiere seguir siendo vendedor de materias primas compradas en barata, para recomprar las mismas, una vez transformadas en el extranjero, a los altos precios que la burguesía occidental establece. Para evitar esta doble explotación necesita de otros mercados que no sean ya los de las horcas caudinas que imponen los intereses occidentales. Y este mercado sólo se lo puede ofrecer, en primer lugar, su propio pueblo. Pero un pueblo capaz de asimilar, si no todo lo que le ofrezca la industria nacional, si la mayor porción de ella. Esto es, un pueblo con un mejor nivel de vida que no puede ser ya aquel que trató de mantener la pseudo-burguesía porfirista. ¿Pero es suficiente éste? No, existen otros mercados potenciales. ¿Otros pueblos en situación semejante a la de México? ¿Otros pueblos en los que también han surgido intereses nacionales que buscan también su defensa?

La consecuencia de esta realidad ha encarnado en el gobierno revolucionario que estamos viviendo, el del Presidente Adolfo López Mateos. Una nueva y decisiva etapa de nuestra Revolución. De una Revolución, cada vez más consciente de los pasos que ha de tener que dar para lograr en toda su plenitud, la realización del ya viejo sueño de una Nación moderna. Tal es el sentido del reciente viaje presidencial a varios países latinoamericanos. En él se ha buscado la solidaridad de pueblos en situación semejante al que ahora lleva la iniciativa nacional, se fortalecen y buscan la defensa de sus intereses. La colaboración racional de todos ellos puede dar lugar a la creación de mercados para el dominio de los cuales parecían haber llegado tarde, nuestros países. La población latinoamericana, una población creciente, puede ser el más extraordinario mercado para los productos que va creando la industrialización latinoamericana. Pueblos que unidos podrán defender mejor sus intereses y evitar la doble explotación de que venían siendo objeto. 200 millones de habitantes ahora, mañana 400,

capaces de absorber las riquezas que posee la naturaleza latinoamericana elaboradas por la industria de sus hombres y vendida a los millones de latinoamericanos con capacidad económica para absorber tales productos. Y al lado de estos millones otros muchos millones más de hombres del mundo afrosiático pugnando, como el latinoamericano, por la defensa de sus intereses. Paso que pronto lo veremos dar también en nuestro país, con lo que nuestra burguesía nacional, y la revolución que la hizo posible, alcanzará una etapa decisiva de su desarrollo.

Pero, ¿qué pasa en el campo político? En el campo político ha sido, también, menester destruir el orden feudal en que aún vivíamos. El orden creado por la Revolución en sus inicios, buscando la conciliación de los diversos intereses que habían heredado los feudos del pasado, ha ido siendo substituido por un centralismo aglutinador. Los caciquismos van dejando de ser indispensables para el mantenimiento del orden natural y su poder va siendo absorbido por la Federación. Las elecciones, que hasta ayer se venían haciendo de acuerdo con los intereses de los señores feudales, o caciques, han quedado bajo el control del Poder Ejecutivo, como se vio en alto grado en el pasado régimen de don Adolfo Ruiz Cortines. Todavía hasta hace poco se trató de escoger entre dos tipos de soluciones en lo que se refiere a las elecciones: las elecciones deberían seguir siendo hechas de acuerdo con los caciques, o de acuerdo con un plan nacional orientado por la Federación. ¿Por qué no dejar en libertad al pueblo para decidir directamente de estas elecciones? Decirlo es fácil, y acaso lo pueda ser en el Distrito Federal, pero no en los Estados, en la provincia en el que el abandono del control del poder electoral por el centro no implicaría la libertad de elección de los votantes, sino el dominio, en los mismos, de los caciques a los que se encuentran ligados por múltiples intereses. Una historia semejante a la de las grandes naciones modernas en su nacimiento. El predominio del centro sobre los múltiples intereses feudales desligados de los intereses nacionales. De otra manera vemos surgir, como en el siglo xvii y xviii en la Europa Occidental, un estado, un gobierno, cada vez más poderoso encargado de unificar intereses y decidiendo en todos los campos de la naciente vida nacional. ¿Hay democracia? Sí la hay, lo que se ha llamado democracia dirigida, la decisión de un poderoso gobierno, en todos los campos de la vida política, económica y social en función con los múltiples intereses que representa, que aglutina y que, por lo mismo, le respaldan.

Sin embargo, de estos diversos intereses cuyo equilibrio se busca, han

sido los de la burguesía nacional los que han alcanzado mayor desarrollo. Esta burguesía se ha potencializado, se ha fortalecido y se fortalece cada día más, no sólo en el campo nacional sino también en el internacional, como hemos expuesto. Y, como toda burguesía tiende, no sólo a independizarse de la fuerza que la hizo posible, el gobierno, sino a transformar a éste en instrumento único de sus intereses, con lo que éste dejaría de ser un mediador, un equilibrador de sus intereses con los del resto de la nación. Natural, pero peligrosa orientación que sería fatal, no sólo para los otros grupos o clases, sino para la misma burguesía nacional que olvidando la experiencia porfirista caería en sus errores y, con ellos, en la frustración de lo logrado. Esta burguesía, insistimos, podrá subsistir y progresar sólo en función con el fortalecimiento de la mayoría nacional que ha de hacer posible ese progreso. De allí la urgencia de revitalizar, de fortalecer a los grupos sociales que van siendo los más débiles en este desarrollo que debería ser nacional, esto es, parejo.

Nuestra burguesía está ya alcanzando su plena independencia del poder que la estimuló y la hizo posible. Esta misma independencia tendría, también, que ser alcanzada por las otras clases o grupos sociales cuyo desarrollo fue también estimulado en el pasado por el gobierno de la Revolución. Y tiene que serlo antes de que los poderosos intereses de la burguesía nacional, olvidando viejas experiencias se opongan a su desarrollo y lo frenen, frenando así el desarrollo nacional. Así lo ha entendido, también, el gobierno de la Revolución en la etapa que estamos viviendo. De allí su preocupación por revisar y poner, nuevamente en marcha, la Reforma agraria para que las grandes masas campesinas no queden al margen del progreso nacional frenando, con su atraso una marcha que no debe ser coja. De allí también los esfuerzos y estímulos para que la clase obrera pueda desarrollarse en forma independiente y se ponga a la altura del desarrollo alcanzado por la burguesía nacional. Las grandes masas del país, como la burguesía que ahora ha alcanzado tan gran desarrollo necesitan independizarse del control estatal y actuar ya en defensa de sus intereses. La delegación que en el pasado han hecho de sus diversos derechos, debe terminar. Estas masas deben ya actuar sin el control estatal, como está actuando ya la burguesía nacional. De otra manera los controles bajo los cuales se encuentra ahora podrán quedar pura y simplemente, en manos de un grupo de intereses que olvidando, insistimos, viejas experiencias, pueden acabar matando la gallina de los huevos de oro, esto es, destruyendo, para salvar intereses inmediatos, la fuente de lo que está siendo y

puede ser, el eje de su mayor desarrollo. Esto, decía, es lo que también ha quedado consciente al gobierno de la Revolución que ahora rige al país. Desgraciadamente muchos de sus esfuerzos no son aún comprendidos y se encuentran, además, interceptados por la guerra fría que trata de llevar el fuego al sartén de los intereses internacionales que pugnan en esa guerra. Allí está, entre otros casos, el de la tan urgente depuración sindical, desviada por intereses extraños a nuestro desarrollo.

Nuevos esfuerzos se realizan en el campo concreto de lo político, como se podrá ver muy pronto en la reestructuración del partido que ha conducido la política del país, el Partido de la Revolución. Esfuerzos para que militen y participen políticamente las grandes masas nacionales representadas en ese Partido. Militancia y participación que pongan fin a la vieja delegación de derechos. Esto es, asunción de una responsabilidad que debe ser total y permanente para la elaboración de una tarea que debe ser nacional, de todos los grupos sociales y no sólo de unos. Pero para el logro de esta nueva meta nada podrán, o lograrán, las acostumbradas consignas, sino la firme voluntad de un pueblo por asumir las responsabilidades que ha venido delegando. Sólo el parejo desarrollo de todas las clases sociales que forman nuestra nación, de nuestra burguesía y el de la clase trabajadora del campo y la industria, hará posible la anhelada democracia. Esto es, el libre juego político que permita que los encontrados intereses de una y otra clase se concilien en el campo democrático. Sólo así podremos ver surgir nuevos partidos en los que se expresen los intereses en pugna y ofrezcan, desde sus respectivos puntos de vista, lo que consideren las bases de la conciliación que es menester ofrecer. Partidos respaldados, abiertamente, por los intereses en la defensa de sus respectivos intereses. Y al frente de la nación gobiernos respaldados activamente por los múltiples intereses que los mismos tendrán que conciliar. Respaldo activo, no más el respaldo de quien delega sus derechos para que el gobierno asuma sus responsabilidades y al que pueda acusar de sus fracasos. Creo que estamos en vísperas de esta democratización. El gobierno de la Revolución, una vez más estimula sus posibilidades. Se realiza —puedo afirmar, una importantísima etapa de esa revolución. Una etapa de la cual ha de depender la realización de los viejos sueños que animaron a nuestros libertadores en 1810, a nuestros reformistas en 1857 y a nuestros revolucionarios en 1910.